

# Nubes sobre Teherán

**RAMIRO ESCOBAR LA CRUZ\***

*Oriente Medio sigue crujiendo y ahora incluye —aunque parezca asombroso y penoso— dos gobiernos paralelos en los territorios palestinos. ¿Qué papel juega Irán en esa región alborotada y violenta? ¿Es cierto que mueve subrepticamente el tablero iraquí, financiando a algunas milicias armadas? ¿Por qué la paranoia estadounidense frente a este país, que también tiene relaciones espinosas con las naciones árabes? La tierra de los ayatolás gobernantes es una gran caja de sorpresas, con plantas nucleares incluidas.*

*Acto 1:* Viernes 23 de marzo, estrecho de Shatt al-Arab, en la frontera marítima entre Irak e Irán. En una acción rápida y contundente, la guardia marina iraní captura a quince británicos (ocho marinos y siete infantes de marina, incluyendo una mujer), bajo la acusación de haberse internado en aguas de Irán para realizar labores de espionaje.

Once días después, el 4 de abril, el gobierno de Mahmoud Ahmadinejad decide liberar a los capturados, lo anuncia como una victoria y sostiene que espera «un gesto de buena voluntad» por parte de Londres en relación con su programa nuclear. Este, por supuesto, no se produce, mientras crece la ola de críticas contra Irán por su ‘intransigencia’.

*Acto 2:* Lunes 28 de mayo de 2007, Bagdad. Tras cuatro horas de cautelosa reunión, Ryan Crocker y Hassan Kazemi Quomi, embajadores en Irak de Estados Unidos e Irán respectivamente, abandonan la casa de Nuri al Maliki, primer ministro iraquí. Solo Crocker declara a la prensa y afirma, misterioso: «Hablamos de negocios».

Durante la inusual ‘cumbre’ —la primera que Estados Unidos e Irán sostienen, oficialmente, desde 1979—, se escucha como música de fondo la explosión de un coche-bomba. El saldo es de al menos once muertos y no queda claro quién es el autor. Pero sí que mayo ha sido uno de los meses más sangrientos en el Irak atrapado por el signo de la ocupación.

*Acto 3:* Martes 12 de junio de 2007. En el programa de televisión estadounidense «Face the Nation» (De cara a la Nación), el senador demócrata Joseph Lieberman reclama, hecho un ‘superhalcón’, una «agresiva acción militar contra los iraníes». Coincide con los halcones algo agazapados del Pentágono y con aliados de otros continentes.

Días antes, Shaul Mofaz, ministro de Comercio israelí, llama a la administración Bush a darle a Irán un plazo para abandonar su programa nuclear. Le dice a *Condi Rice* que eso tiene que ocurrir antes de fin de año. Y que si no ocurre así, Israel optará lisa y violentamente por bombardear los lugares donde supuestamente se está enriqueciendo uranio.

*Racconto:* Miércoles 26 de octubre de 2005, Teherán. Durante la conferencia anual sobre «el fin del sionismo», el presidente Ahmadinejad dice que «los dirigentes de la nación musulmana que reconozcan a Israel arderán en las llamas de la cólera de su propio pueblo». Cree que habla entre amigos, pero una periodista de France Presse está presente.

## EL PODER CHIITA

Si uno mirara las imágenes anteriores con el ojo de un simple espectador, sin el menor arrebato semiótico, podría llegar fácilmente a la conclusión de que Irán, en efecto, tiene todas las credenciales para estar en el ‘Eje del Mal’. Podría abrigar, incluso, la idea de que no sería mala iniciativa atacarlo porque, después de todo, es el matón de Oriente Medio.

Pero detrás de las nubes de este relato hay otras imágenes y cosas que no se entienden. La primera, básica, es que Irán es un país predominantemente musulmán, una República Islámica con mayúscula, un feudo de los chiitas, la corriente minoritaria de los seguidores del profeta Mohammed. Solo que no

es una nación árabe, como todavía muchos creen.

Esta distinción es crucial y trasciende las legendarias barbas y turbantes. Al no formar parte de la comunidad árabe, pero sí de la *Umma* (la comunidad de creyentes del Islam) y estar en Oriente Medio, se sitúa en una posición difícil, peculiar. Por si fuera poco, es el único país donde el chiismo gobierna de manera real y total, a través de los ayatolás.

Más todavía: aunque más del 60 ó 70% de su población es de origen persa, en sus predios también viven kurdos, baluches, turkmenos, armenios, árabes (un 3%) y hasta un pequeño grupo de judíos (alrededor de 15 mil heroicos e insistentes descendientes de David). No es, en suma, un territorio totalmente homogéneo, estable, feliz y lleno de alfombras.

Con todo, Irán sigue siendo, para sus pobladores y gobernantes, la tierra que heredó la grandeza de Darío, de Ciro, de Artajerjes. Se trata de un sentimiento que ha sobrevivido a los siglos e incluso al dramático cambio de guardia que significó pasar del despótico y teatral sah Mohammed Reza Phalevi al rigorista y mítico ayatolá Jomeini (1979).

También a las improntas de Holly-wood, que produjo en los últimos tiempos los filmes *Alejandro Magno* y *300*, en los que los persas aparecen como algo fronterizos y torpes. Aunque en Occidente parece gracioso, estas películas causaron escozor no solo entre el poder iraní sino entre la misma gente, que las consideró una agresión contra su identidad. Fueron vistas como un acto de desprecio frente a una nación histórica, que tiene una importancia crucial en esa región y en el mundo. Que además cuenta con un gran poderío militar, cierto desarrollo científico (lanzó hace poco un cohete al espacio), un cine bastante bueno y unas reservas de petróleo enormes y vitales (las cuartas del mundo).

¿Se entiende todo esto en Occidente y sobre todo en Estados Unidos, el archienemigo de Irán? En parte sí, pero algunas ligerezas de la política internacional han convertido a este país solo en el malo de la película. La verdad es que los ayatolás no exudan inocencia, pero a la vez forman parte de un juego complicadísimo, delicado y un poco truculento.

### **CON UNA MANO EN IRAK (Y EN OTRAS PARTES)**

La impronta iraní se ha sentido siempre en Oriente Medio, pero el escenario donde ahora se da la madre de todas las disputas es Irak, y por una razón entre política y de números arábigos: el 60% de la población en ese ajochado país es chiita y ahora controla parte del poder, tras décadas de marginación perpetrada por el granítico Saddam Hussein.

Nuri al-Maliki, por ejemplo, el primer ministro iraquí y uno de los protagonistas de esta película, es también chiita y forma parte de la coalición mayoritaria (también chiita) en el gobierno. A la luz de este nuevo tiempo, Irak ya ha establecido gentiles relaciones diplomáticas con Irán, lo que ha generado grandes paranoias en la Casa Blanca.

Aunque no solo allí. Países como Arabia Saudita y Egipto ven con desconfianza a Irán por su poder, por su signo musulmán distinto (son países de mayoría suní, la otra corriente del Islam) y por el temor de que extienda su influencia en la zona, aprovechando que ahora tiene en Irak algo así como una nueva cabeza de playa de su fe.

No son reparos inútiles y, en todo caso, se respaldan en el hecho de vivir en el mismo barrio y conocer más los entretelones políticos. Una prueba de ello es que Irán apoya, sin vergüenza alguna, a Hezbolá, el grupo chiita libanés que provoca tantas turbulencias en el Líbano y que en octubre de 2006 se enfrascó en una lucha furibunda contra Israel.

Irán también apoyaría, más veladamente, a Hamás, el grupo integrista que hoy gobierna solo la franja de Gaza, luego de las luchas internas y fratricidas en Palestina. A pesar de no ser chiita (es más bien suní), este movimiento le ofrecería la oportunidad de tener otro frente favorable a sus intereses en Oriente Medio y decididamente anti-israelí.

A quien, sin embargo, Irán no apoya en modo alguno es a Al Qaeda, el gran tótem de los musulmanes ultrarradicales de varias partes. No solo por formar parte de otra corriente del Islam (los wahabíes) sino, fundamentalmente, porque en el escenario de una disputa de poder en la *Umma* no habría espacio para dos liderazgos de esta envergadura.

En parte por eso suena descaminado incluir a Irán en el 'Eje del Mal'. El país de los ayatolás condenó

los atentados contra las Torres Gemelas, apoyaba a la Alianza del Norte en su lucha contra los talibanes y ha colaborado (con Arabia Saudita y con el propio Estados Unidos) en la captura de discípulos de Bin Laden que entraron en su territorio.

Hasta podría decirse que participa, sin quererlo, en la 'lucha contra el terrorismo'. Pero el hecho de que, a la vez, la Casa Blanca apoye a los Muyahidines del Pueblo, un curioso grupo armado islamo-marxista que lucha contra el régimen chiita en el propio Irán, convierte al futuro de las relaciones irano-estadounidenses en un amor imposible.

### **LA DISPUTA POR BAGDAD**

Estados Unidos anda preocupado por toda la influencia de Irán en la región, pero su mayor dolor de cabeza, en rigor, es que le gane la disputa por Bagdad. La gran piedra de toque de la administración Bush para 'reinventar' Oriente Medio pasa por esa capital, ahora gobernada por una mayoría chiita con vínculos cercanos, y hermanos, con Teherán.

Hay que distinguir, sin embargo, que hay chiitas y chiitas. Nuri al-Maliki, por ejemplo, está embarcado en empujar un aparentemente imposible gobierno de unidad nacional. Pero Moqtada al Sadr, un joven clérigo de gran liderazgo entre el chiismo iraquí, tiene un doble juego frente a esa propuesta. Y un ejército (llamado Al Mahdi) que lo apoya.

Por eso, se convirtió en un personaje controvertido, criticado y, finalmente, buscado. Se presume que actualmente se encuentra, como no podía ser de otra manera, en Irán. Pero en esclarecer eso sí que no han colaborado, ni parece que colaborarán, las autoridades iraníes. Es probable que sea un protegido del régimen, con todas las de la ley.

La otra gran acusación de Estados Unidos contra Irán, sobre terreno iraquí, es que promueve atentados en Irak y hace llegar armas para los insurgentes (se ha llegado a decir que no solo para los chiitas sino, también, para los suníes). Teherán, por supuesto, niega la acusación y más bien culpa a Washington de ser el gran responsable de la violencia.

Difícil, si no absurdo, suponer que hay un lado inocente y el otro malvado. Lo posible es que sí haya un trasvase de armas hacia Irak, de manera soterrada, pero también espionaje por parte de Estados Unidos (y Gran Bretaña) para socavar al régimen iraní, sobre todo aprovechando los alborotos que hay en Juzistán, provincia fronteriza con territorio iraquí.

Ese lugar alberga a la mayoría de la minoría árabe que vive en Irán, pero también a una joya del país chiita: los principales yacimientos petrolíferos. En 2005, dicha provincia fue escenario de violentos enfrentamientos contra las fuerzas del orden. El régimen acusó a británicos y estadounidenses de estar, oportunamente, detrás de las revueltas.

### **LO NUCLEAR Y LO POPULAR**

Como tumultuosa escena de fondo de este drama está la rebeldía nuclear de Irán, que le ha granjeado la distancia ya no solo de Estados Unidos sino, además, de la Unión Europea y de la propia ONU. Que el presidente Ahmadinejad insista, reiteradamente, en que todas sus plantas nucleares tienen fines pacíficos no convencía ni al flemático Kofi Annan.

El asunto, sin embargo, tampoco es tan simple. Como cuenta Claire Tréan, una periodista francesa de Le Monde y especialista en relaciones internacionales, la mayoría de la población iraní puede discrepar con su barbudo presidente, puede burlarse de los ayatolás y del rigorismo musulmán, pero el tema nuclear no es necesariamente algo impopular.

No porque en las calles de Teherán y otras ciudades haya grupos de desaforados que piden fabricar la bomba (cosa que, por ejemplo, sí se veía en Pakistán). El cerco contra el régimen por sus centrales de uranio es interpretado, por buena parte los iraníes, como una agresión contra el desarrollo científico del país, contra la no tan larvada grandeza persa.

Sobre eso se ha montado Ahmadinejad para elevar el marcador de su alicaída popularidad, en declive por asuntos tan increíbles como la subida de la gasolina (el precio creció hasta en 25% debido a que la mayoría del petróleo se exporta y se tuvo que importar para consumo interno). Ese es ahora uno

de sus caballos de batalla políticos.

Desde Occidente, y sobre todo desde Estados Unidos, esto se ve con anteojeras y se hace una equivalencia casi exacta entre Eje del Mal–poder nuclear–población integrista. Se da por sentado, además, que Irán está decidido a fabricar una bomba, cuando lo probable es que esté aún lejos de eso, pero que juega al cuco para ganar presencia internacional.

Los analistas británicos y estadounidenses más serenos —entre ellos el Grupo de Investigación de Oxford— sostienen que las amenazas contra Teherán solo acelerarán un deseo todavía dudoso. Lo inducirán, dice este grupo, a «desarrollar un pequeño número de dispositivos nucleares en el menor tiempo posible». O sea a estallar antes de tiempo.

Estas voces parecen haber sido escuchadas en Washington, que por el momento le ha bajado el volumen al asunto iraní, a pesar de clamores como el que soltó el senador Lieberman en la televisión. Y seguramente ante la mordedura de labios de halcones y ex halcones como Donald Rumsfeld, que también era partidario del garrote.

Bajo este prisma se puede leer la reciente reunión entre los embajadores de Estados Unidos e Irán en Bagdad, donde no obstante, y según se filtró a la prensa, no habrían faltado las recriminaciones y elegantes condenas. De por medio hay acusaciones de secuestros (de diplomáticos iraníes por soldados aliados), de tráfico de armas, de crímenes.

### **UN FIN ARISTÓTELICO**

Así y todo, la función internacional debe continuar y no descartemos ver nuevas reuniones y otras bravatas mutuas entre estos dos archienemigos, que parecen desconocer la recomendación de Avicena, el gran sabio persa (y musulmán) del siglo XI. Según él, había que poner a la Razón por encima de todo ser, para llegar a la Perfección.

Había leído mucho a Aristóteles, lo que sugiere que era devoto del justo medio, algo que es sumamente esquivo en Oriente Medio, donde pululan extremismos de diverso signo. Aunque también en Occidente, que con frecuencia es incapaz de entender la historia, la cultura y las pasiones de quienes viven al otro lado del mundo y de cierta modernidad.